

1. Sed del rostro de Dios

El día de mi último cumpleaños, estaba en Brasil, y me desperté tarareando mentalmente un versículo del Salmo 41, el de la cierva que anhela la corriente: "Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?" (Sal 41,3). Todo el día estuve atento a esto, porque fue como si el Señor me hubiera despertado diciéndome cuál es el verdadero y profundo deseo de mi alma, y por lo tanto recordándome por qué vivo, por qué he vivido hasta ahora y por qué seguiré viviendo hasta mi muerte. Vivo porque mi corazón tiene sed de Dios, del Dios vivo, y está impaciente por ir a ver su Rostro. Fue como si mi alma me hubiera dado un pellizco para despertarme de todas mis distracciones y somnolencias para dar espacio al único deseo del corazón, al único anhelo que anima la vida, mientras vive todo el resto. Entendí que hay como una última llamada en este versículo del Salmo 41, que recibí como un regalo precioso, un tesoro que no debo perder, una perla que no debe dejarse caer de la mano, que debe recogerse en el corazón.

Regresado de Brasil, ocho días después, empezaba la Semana Santa. Hice un retiro en nuestras monjas de Cortona, y tomé el Salmo 41 como tema principal de mi meditación, favorecida por la liturgia de estos días santos y por la belleza franciscana de la ciudad toscana y por los paisajes que la rodean. Llevaba fotocopiado el Salmo 41 en una edición del Salterio en hebreo, griego, latín e italiano. Me llamó la atención el título del salmo, tal como se encuentra en la versión griega de los Setenta y, por lo tanto, en el latín de la Vulgata. Dice que este salmo es "para el final – *eis to telos – in finem*". Otros salmos tienen este mismo título, pero como este comentario inicial a menudo no se muestra, o al menos no forma parte del texto real del salmo, nunca me di cuenta. El comentario no solo dice "para el final", sino también "para la comprensión: de los hijos de Core".

No me atrevo a entrar en problemas exegéticos. Solo quiero expresar el impacto de estas dos palabras en ese momento, y cómo me ayudaron a ponerme a la escucha de ese salmo y de Dios a través de él, y el impacto durante los días de retiro que empezaba mientras iniciaba la Semana Santa. Estas palabras, "para el final", han encendido en mí la conciencia de cuán importante es vivir consciente del fin, del fin de la vida. "Para el final... Para la comprensión...": debemos vivir siempre con esta conciencia, con esta intensidad, todo lo que Dios nos da para llevarnos desde el origen de nosotros mismos a la plenitud de la vida en Él. Debemos vivir todo así; cada pensamiento, cada palabra que escuchamos o decimos, todo debe tener la intensidad de la conciencia del fin, del *telos*, del objetivo final de nuestro ser y de la existencia de todo y de todos.

También este mes de formación monástica, con todas las enseñanzas, la vida en común, el silencio y la oración personal y común, el trabajo y los servicios, y los momentos de recreación y de fiesta, también este mes tenemos que vivirlo "para el final", para el *telos*, la razón, el sentido último, el cumplimiento de nuestra vida, de nuestra vocación, de nuestra fe, de toda nuestra persona. No tanto pensando en la

muerte, sino recuperando el fin por el que vivimos ahora, para lo cual vivimos lo que ahora vivimos, en la condición en la que se encuentra nuestra vida, nuestro corazón, nosotros mismos, y quién está con nosotros, quién nos ha sido confiado.

Pero sin olvidar que la misma sed que tenemos en nuestros corazones es el sentido de nuestra vida, porque es la sed de Dios, la sed de plenitud, de plenitud última y total. No hay nada que me vincule al final de la vida, que esté en relación con el fin, más que la sed que siento, que yace en mí, en mi corazón, como encerrada, pero que parece despertar y despertar una y otra vez, por sorpresa, como en esa mañana para mí en Brasil, cuando despertó en mí la sorpresa de la sed de Dios de mi alma.

Jesús, en el Evangelio de San Juan, muere después de haber dicho dos últimas palabras: "¡Tengo sed!" Y "¡Todo está cumplido!" (Jn 19,28-30). Sed y cumplimiento, la sed que es cumplimiento. Jesús, al final, era sólo sed, su alma era sólo sed, tenía sólo sed, sólo sed de amar, sólo sed de amor, sólo sed de Dios. El Dios moribundo tiene sed del Dios vivo. Prueba nuestra sed, la de nuestra alma, nuestra sed de Él. En Él está toda nuestra sed de Él. Y en esta sed se cumple toda su misión y su vida.

La sed del Dios vivo que nos sorprende en el alma nos revela que el sentido de la vida es que Dios sea para nosotros el fin de todo, que el Padre sea el fin de todo, que Cristo sea el fin de todo, de cada instante. La sed de Dios es esta tensión al final de la vida que arde en el presente, en cada momento de vida. Y todo alimenta esta sed, incluso lo que nos perturba, incluso lo que nos distrae, también la fatiga que nos embarga, y que a menudo se vuelve aún más aguda cuando nos detenemos para hacer silencio, para leer y meditar, para orar. La sed del rostro de Dios, del Dios vivo, se alimenta de todo, porque todo anhela al fin, a un cumplimiento, y cuanto más imperfecto es este anhelo, más está sin terminar, más anhela. El problema no es la calidad de la sed, sino el agua con la que esperamos satisfacerla. Por eso, es importante parar, para decirnos y decirle a Dios: es de Ti que estoy sediento, de nadie más, a pesar de que quiero apagar mi sed con tantas otras cosas: "mi alma está sedienta de Ti mi carne tiene ansia de Ti, como tierra reseca, agostada, sin agua" (Sal 62,2).

Necesitamos momentos de conciencia, momentos de memoria, en los que reconocemos que la sed que nos atormenta de la mañana a la tarde, aunque nos distraigamos con facilidad (basta pensar en la piadosa charla de la samaritana, cuando Jesús le habla de su verdadera sed), que nuestra sed es la sed del "Dios vivo", es decir, de un Dios presente, que tiene un rostro al que podemos dirigirnos: "¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?" (Sal 41,3).